

CAPITULO ALF
CANTO
CANTO

Cándida

Cándida el ave que a la altura sube
y en la tranquila inmensidad destella;
cándido el rayo de la dulce estrella
que anuncia el alba, y cándida la nube.

Cándida el ala del gentil querube
que frente al solio del Señor descuella,
y el alma de la cándida doncella
de quien un tiempo enamorado estuve.

¡Peregrino portento de Natura!
a tus plantas el alma, extasiada,
te contempla y palpita de ventura;

que a la espléndida luz de tu mirada
ve que eres, oh cándida hermosura,
ave, nube, fulgor, ángel y amada!

En un cementerio

Arde el volcán y en púrpura descuella
mientras al reino de Plutón se lanza
sangriento el Sol, y surge, en lontananza,
lirio de luz la vespertina estrella.

Envuelta en sombras, dulcemente bella,
muda la noche sobre el campo avanza;
y, sonriendo en plácida bonanza,
boga la luna y en lo azul destella.

Doblan su cáliz las silvestres flores
sobre la tumba esbelta y blanquecina,
que esplende con los últimos fulgores.

Mustio el saúz su cabellera inclina;
y un ruiseñor, que llora sus amores,
tiende su vuelo hacia la cruz y trina.

Auras y frondas

¡Despierta, alondra! el venidero día
anuncia el alba con su luz primera;
viene, moviendo la enramada umbría,
un hálito de suave primavera!

¡Despierta y canta! De la niebla fría
tu ala el velo sutil rasgue ligera,
y ahuyente tu selvática alegría
el cándido sopor de la pradera!

—¡Auras, callad! que de su pecho herido
ya nunca, nunca el límpido gorgéo
difundiréis por el jardín florido!

Ya nunca más, al esplendor febeo,
ha de lanzarse del caliente nido. . . .
¡Vedla flotando en el glacial Leteo!

Luz y sombra

Era el momento en que el rubor divino
de la triunfante aurora al cielo baña,
plañe la alondra, tímida y huraña,
y se oye alegre del clarín el trino.

El sendero seguí, crucé el camino
y, al transponer la húmeda montaña,
descubrí en el bosqueje una cabaña
asida al tronco de robusto encino.

Llegué al umbral; en la penumbra incierta
de la cabaña, hacia el rincón, yacía
miserable mujer, lívida y yerta.

Junto su seno a un niño sostenía
yerto también... Entrecerré la puerta.
¡Oh, cuánta sombra ante la luz del día!

En el bosque

En el landó soberbio, reclinada
con indolente, lánguida altiveza,
envuelta en blondas de imperial riqueza,
hoy la he visto en el bosque. — ¡Cuán turbada

pasó, volviendo a mí su azul mirada,
e inclinó levemente la cabeza!
En sus ojos, tan bellos, la Tristeza
ha fijado su mórbida morada.

No es ya la blanca virgen ruborosa
por quien causó el Amor eternos daños,
en la edad fugitiva de la rosa

Han pasado por ella luengos años,
y sucumbe, infeliz víctima hermosa,
en el seno de horribles desengaños.

Octubre

El purpurino atardecer de un día
nos halló solos en la estancia aquella,
donde a mi lado, blandamente bella,
Gloria incendió en amor el alma mía.

Sufríamos los dos; Gloria fingía
no abrir su corazón a mi querella,
cuando, de pronto, fulguró una estrella
en lo infinito, donde el sol moría.

Gloria los ojos levantó; resabios
aún quedaban del desdén; mas, preso
mirándome en sus ojos, sin agravios

inclinándolos fué, y al dulce peso
de su busto gentil, puse en sus labios
el alma . . . el alma convertida en beso!

A Díaz Mirón

Poeta: bien realzas tu decoro,
a la helénica musa consagrado:
es tu libro de rimas un tesoro
en bello cofre orfébrico guardado.

Tu numen a intelecto cultivado
fluye abundante, límpido y sonoro,
como raudal de perlas desgranado
sobre bruñidas láminas de oro.

Artista de la Forma y de la Idea,
logras fundir, en milagroso instante,
Idea y Forma, y que la Forma sea

ánfora de cristal, donde triunfante
tu pensamiento altísimo se vea,
como rayo de luz preso en diamante!

IV

A don Quijote

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó a relinchar Rocinante y a sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido a buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor.

CERVANTES.

DON QUIJOTE, *Capítulo VIII de la Segunda Parte.*

Si en los heroicos tiempos, cuando solía
por la Gloria exaltarse la Fantasía
y mover la Belleza los corazones,
nacido hubieras,
del cielo de la andante caballería,
espléndida de lauros y de blasones,
tú el astro fueras!

Ninguno, entre los nobles aventureros,
los de ardidos corceles y almos aceros,
mantenedor más digno de aplauso y fama.

Mayor presea
no hubiera la bravura de los primeros;
ni nombre más ilustre de excelsa dama
que Dulcinea!

Tu espíritu siguieran los bien nacidos,
que en sus cuarteles guardan, enmohecidos,
inútiles arneses y áureos clarines
de extinta gloria;
y el mundo no tuviera de forajidos,
felones, embusteros y malandrines,
ni la memoria.

No a la puerta del prócer, trémulo anciano
con miserable acento gimiera en vano;
ni al huérfano dejara la Indiferencia
sin pan ni abrigo
por las calles y plazas tender la mano;
ni en pos del sordo carro de la Opulencia
fuera el mendigo.

Del placer al mercado mujer ninguna
se viera conducida, de humilde cuna
o de real palacio, hija o esposa,
ya mancillada;
ni burlador, valido de la Fortuna,
presa hiciera de gente menesterosa
y abandonada.

De la Justicia el fallo justicia fuera;
y la Razón fiada no lo estuviera
a inicuos defensores prevaricantes,
tan sin decoro;
ni asaltara las cumbres la vocinglera
turba de embaucadores y traficantes,
ávidos de oro.

De la robusta Fuerza bajo el imperio,
no sufriría el débil de vituperio,
ni a sucumbir por débil lo condenara
la acción del fuerte.
No irían galeotes a cautiverio,
ni pícaro a la horca: nadie matara,
sino la muerte!

¡Otros los tiempos fueran!... Pero surgiste
del cerebro del Genio, que ya no existe;
y, sobre el amplio mundo, tú, el caballero,
desventurado
velas sin tregua... espectro grandioso y triste
del Ideal perdido!... y él, tu escudero,
triunfa!... ¡ha triunfado!

Sancho... ¡no lo conoces!... ¡Él quien dirige
los destinos humanos, él es quien rige
desde su trono, al borde del precipicio!
¡Sancho, que infama,
roba, escarnece, humilla, mata y aflige,
y ¡horror! en la corrupta mansión del vicio
hunde a tu dama!...

Y tú, flor de la insigne caballería,
escudo, luz y espejo de la hidalguía;
tú, el vengador de entuertos y sinrazones,
¿como tormenta,
no das sobre la estulta canalla impía?...
El genial *Caballero de los Leones*
sufre la afrenta?....

¡Que el luminoso arranque de la locura
que fascinó tu mente con la lectura
de arrobadores cantos e invictos hechos
de remembranza,
lance a todas las frentes la mancha impura,
vigorice los brazos, ponga en los pechos
ira y venganza!....

.... Sordo, profundo, intenso rumor lejano;
tempestad que del monte se arroja al llano;
turbamulta brillante de aventureros;
nube fulgente
que deslumbra, que ciega; fragor cercano,
confusión de clarines, choque de aceros,
gritos de gente!...

¡Ah, loco! loco!... loco que sin conciencia,
en el corcel sin freno de la Demencia,
de lo alto al abismo te precipitas
con tus legiones!
¡cuando des en el fondo, no habrá clemencia!
¡Tiembla, insensato, y teme!... la furia irritas
de los leones!....

—¡Eso no! que al peligro nunca he temblado!
 ¡Ni el poder del infierno miedo me ha dado!
 Yo soy el invencible, bravo manchego
 de limpia historia,
 que, por todos los siglos desencantado,
 sobre el corcel de Orlando, con propio fuego,
 brillo en la gloria!

No soy el vano espectro de un dios vencido;
 el Ideal existe como ha existido:
 sol que del pensamiento prende en la esfera
 su eterna lumbre,
 como ese sol, que oculto, mas no perdido,
 de su paso el destello que reverbera
 deja en la cumbre!

Si de Sancho el instinto bellaco y bruto,
 que a su naturaleza rinde tributo,
 se alza, deprime, humilla . . . no se envilece
 ni al mundo infama,
 porque el fruto del cieno, del cieno es fruto;
 y ni triunfa, ni reina, ni se engrandece,
 ni ésa es mi dama!

¡Calle el profano acento que así la nombra!
 ¡Calle! . . . La que con Sancho se hunde es su sombra,
 es la hembra de Sancho, su aliento inmundo
 que le rodea . . .

Y el esplendor que alumbra, la flor que alfombra
 el sendero del alma sobre este mundo,
 es Dulcinea!